

Mateo 18,15-20

Dijo Jesús a sus discípulos: "Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un gentil o un publicano.

Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. Os aseguro, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

GUÍA PARA HACER NUESTRO EL EVANGELIO

No se trata solamente de saber qué dice el Evangelio.

Se trata de dejar que el Evangelio entre en mi vida.

Busca un lugar y un momento en los que puedas estar tranquilo. Lee despacio el texto del Evangelio. No tengas prisa por comprenderlo todo. **Deja que la Palabra te encuentre.**

1. DETENERME

Centrar la atención y disponerme a acoger el Evangelio

Antes de comenzar, **me detengo.**

Dejo por unos momentos lo que estoy haciendo, mis preocupaciones, mis prisas y mis pensamientos.

Respiro lentamente.

Tomo conciencia de que estoy ante una Palabra que quiere encontrarse conmigo.

Puedo decir interiormente:

«Señor, aquí estoy.

Quiero escucharte.

Ayúdame a acoger tu Palabra con un corazón abierto.»

Leo el Evangelio lentamente.

2. RECONOCER

¿Qué está pasando dentro de mí?

Ahora no me pregunto solamente:

«¿Qué quiere decir este Evangelio?»

Me pregunto:



«¿Qué está provocando en mí?»

Observo mis reacciones interiores:

- ¿Qué palabra me atrae?
- ¿Qué palabra me incomoda?
- ¿Qué me da paz?
- ¿Qué me inquieta?
- ¿Qué me alegra?
- ¿Qué me resiste?
- ¿Qué me recuerda algo de mi vida?
- ¿Qué persona o situación aparece en mi interior?

No necesito juzgar lo que siento.

Simplemente lo reconozco.

Puedo preguntarme:

«¿Qué está tocando hoy Jesús en mi vida?»

3. DISCERNIR

¿Hacia dónde me conducen estos movimientos interiores?

No todo lo que siento tiene el mismo valor.

Por eso ahora intento descubrir **hacia dónde me llevan esos movimientos interiores.**

Cuando una experiencia me conduce hacia:

- mayor paz,
- mayor libertad,
- mayor confianza,
- mayor capacidad de amar,
- mayor apertura a los demás,
- deseo de servir,
- deseo de perdonar,
- deseo de reconciliarme,
- deseo de vivir más cerca de Jesús,

puedo preguntarme:

«¿Será por aquí por donde el Señor me está conduciendo?»

Y cuando algo me lleva hacia:

- el encerrarme en mí mismo,
- el resentimiento,
- la superioridad,
- la desesperanza,
- el desprecio del otro,
- la indiferencia,
- el miedo que me paraliza,

puedo preguntarme:

«¿Qué me está pasando? ¿Hacia dónde me está llevando esto?»

No se trata de encontrar inmediatamente una respuesta.



Se trata de **aprender a reconocer los caminos interiores que me acercan o me alejan del Evangelio.**

Aquí puedo pedir ayuda al Señor:

«Jesús, enséñame a reconocer por dónde quieres llevarme.»

4. ESCUCHAR

¿Qué me está diciendo el Señor?

Después de reconocer lo que sucede dentro de mí, vuelvo al Evangelio.

Ahora intento escuchar una llamada personal.

No solamente:

«Esto significa que...»

sino:

«Señor, ¿qué me estás diciendo a mí?»

Quizás me invita a:

- dar un paso hacia alguien;
- pedir perdón;
- hablar con serenidad;
- dejar de juzgar;
- preocuparme más por alguien;
- superar una indiferencia;
- cuidar una relación;
- participar más en la comunidad;
- volver a poner a Jesús en el centro;
- abrirme a alguien de quien me he alejado.

No busco una gran respuesta.

Busco aquello que hoy puedo vivir.

Puedo repetir lentamente:

«Señor, ¿qué quieres de mí hoy?»

Y permanecer unos momentos en silencio.

5. RESPONDER

¿Qué nace en mi corazón?

La oración no termina cuando comprendo algo.

Termina cuando **mi corazón comienza a responder.**

Puedo hablar con Jesús con mis propias palabras:

«Señor, esto es lo que hoy descubro...»

«Esto es lo que me cuesta...»

«Esto es lo que quiero pedirte...»

«Esto es lo que siento que me invitas a hacer...»

Y después preguntarme:

¿Cuál puede ser mi pequeño paso?

No hace falta hacer muchas cosas.

Un paso concreto.



Una llamada.

Una conversación.

Un perdón.

Un gesto de cercanía.

Una decisión.

Un servicio.

Un cambio de actitud.

El Evangelio comienza a hacerse mío **cuando empieza a hacerse vida en mí.**

6. COMPARTIR

Lo que Dios hace en mí no termina en mí

Este paso es especialmente importante.

La experiencia del Evangelio es personal, pero **no es individualista.**

Lo que he descubierto en mi interior puede convertirse en luz para otros.

Y lo que otro comparte puede iluminar mi propio camino.

Por eso puedo preguntarme:

«¿Qué de lo que he vivido quiero compartir con los demás?»

No tengo que contar toda mi experiencia.

Puedo compartir solamente aquello que considero que puede ayudar.

Puedo compartir:

Una palabra del Evangelio que me ha tocado.

Un movimiento interior que he reconocido.

Una llamada que he percibido.

Un paso que siento invitado a dar.

Una dificultad que quiero poner delante de los demás.

Una pregunta que el Evangelio ha despertado en mí.

Más allá de leerlo, nos encantaría saber cómo lo pudieras aplicar en tu vida diaria.

¿Qué te dice el Evangelio de hoy a ti?

[Enviar Mi Reflexión - Clic Aquí](#)